

## VOX POPULI

## RAÚL DE LA HOZ

**Cambia normas en el descuento**

Reconocer que el partido está ante un proceso nuevo y que los tiempos «son los que son», no justifica que el comité organizador que preside cambie normas casi en el tiempo de descuento y deje sin capacidad de reacción a afiliados y direcciones provinciales. Cambios que, además, no ayudan a una mayor participación. Al contrario.

## RICARDO BLÁZQUEZ

**Reelegido al frente de la Iglesia católica**

El arzobispo de Valladolid, Ricardo Blázquez, repetirá al frente de la Iglesia católica española. Ayer fue reelegido en la primera votación y por amplio margen sobre el segundo para la Presidencia de la Conferencia Episcopal. El también cardenal abulense aseguró tras ser elegido que «no significa una vuelta atrás, sino una segunda vez».

## MARÍA SAMANIEGO

**Impulsora del Banco de Leche**

La coordinadora del Banco de Leche Materna de Castilla y León prevé extender su experiencia en el Río Hortega de Valladolid a hospitales de Salamanca, León, Burgos y al Clínico vallasoleto. En los últimos dos años, el banco ha podido dispensar leche materna a cien bebés prematuros o enfermos. Una labor encomiable.

## Á. MOLINA Y C. SANTOS

**Premiados en la Semana de Medina**

Dos actores de lujo en la Semana de Cine de Medina del Campo. Ángela Molina recibió el pasado sábado el Roel de Honor tras haber participado en casi 20 películas a lo largo de 40 años. Por su parte, Carlos Santos, conocido por su trabajo en *Los hombres de Paco*, se alzó con el Roel de «Actor del siglo XXI».

## RAQUEL PASCUA

**Proteína clave contra el estrés**

La investigadora del Instituto de Biología y Genética Molecular ha dirigido un equipo junto al Incyl que ha desvelado el mecanismo de una proteína clave en las dolencias neurodegenerativas y el envejecimiento. El trabajo de vallisoletanos y salmantinos ha permitido descubrir cómo las células del sistema nervioso protegen ante el estrés.

## TRIBUNA

## FERNANDO REY

## Desheredados

El autor incide en que el hecho de que en la familia se forjen las identidades, no existe a la escuela de transmitir valores de respeto a la diversidad. «Nuestros escolares no pueden recibir la misma herencia que nos dieron a nosotros porque una parte relevante del contenido de esa herencia está mutando a toda velocidad»

Las cicatrices de la crisis, el ruido de la LOMCE y los resultados PISA han puesto a la educación en el centro del debate público. Los trabajos del Parlamento estatal hacen concebir alguna esperanza en el pacto escolar y, espero, también en el de reforma de nuestras universidades (a mi juicio, aún más perentorio). El mundo de la educación es fascinante y complejo y va más allá de la política, que debe ser el último escalón de las reformas y no el primero. Lo primordial son las ideas (no, por favor, las ideologías= hacer matemática avanzada contando con los dedos). En una fría y lluviosa tarde de enero, compré en mi librería favorita de Pisa el libro de un joven filósofo francés, François-Xavier Bellamy, titulado *Los desheredados o la urgencia de transmitir*, que es un éxito de ventas en su país y fuera (de hecho, adquirí la versión italiana).

El título dialoga críticamente con el famoso texto del sociólogo marxista P. Bourdieu, 'Los herederos' (1964), en el que sostenía que la educación es el instrumento de dominio al servicio de los herederos de las élites, que utilizan para distinguirse del resto. Bellamy escribe el libro como reacción a lo que escuchara en su primera clase de formación para dar clase de filosofía en un Liceo: «No hay nada que transmitir». A su juicio, vivimos una crisis de cultura, que no deriva de la carencia de medios, sino de un desorden interior: en nuestra sociedad occidental, se está verificando un hecho singular, inédito, una generación rechaza transmitir a la siguiente el saber y la experiencia que constituye su herencia. Hay que procurar que cada alumno elabore su propio saber sin imponer «aquel equipaje caduco que el pasado impone a su libertad». Se ha perdido el sentido de la cultura, «en el mejor de los casos, un lujo inútil; en el peor, un fardo agobiante». Se sigue yendo a museos, escuchando música y leyendo, pero sólo como forma

de ocio superficial, de placer inteligente. Internet acelera la crisis: ¿por qué aprender lo que podemos encontrar en un simple chasqueo de dedo? Queremos educar, pero no transmitir.

Y este rechazo procedería de tres fuentes: Descartes, para quien el individuo es el único creador del saber y educar es enseñar a dudar, no a creer; Rousseau, para quien la educación debe ser «negativa», es decir, debe alterar o corromper lo menos posible la bella espontaneidad gracias a la cual el hombre vive en equilibrio con la naturaleza y Bourdieu, que concibe la escuela

«Para poder decir algo con criterio, antes hay que leer y escuchar a gente más sabia que uno y reflexionar después»

como el lugar de un crimen porque elimina y segrega y, lo que es peor aún, espera que la víctima (los escolares hijos del pueblo) consientan el daño que reciben.

Frente a esta poderosa tradición, Bellamy expone su tesis. Parte de lo que llama el «misterio de la mediación»: entre todos los seres vivientes, el humano se distingue porque tiene necesidad de los otros para realizar su propia naturaleza. El animal es un ser inmediato; el humano no. Esta debilidad, incluso humillante, marca nuestra vida: tenemos necesidad de recibir de otros aquello que realiza a fondo nuestras propias facultades. El hombre es un ser carente y la primera necesidad es la cultura, que no es una mochila que se pone a las espaldas del niño, sino que es aquello que le hace niño. La cultura no es algo ajeno a nosotros; no somos un disco duro de memoria limitada; al revés, cuanto

más se aprende, más fácil es aprender. Ser simples, espontáneos y naturales lleva mucho trabajo previo. El camino entre el 'yo' y el 'yo mismo' pasa por la mediación, por la cultura, es decir, por aquella herencia que viene transmitida por la educación.

El libro es sugerente. También me disgusta ese culto narcisista al propio criterio como fuente máxima de la razón. Para poder decir algo con criterio, antes hay que leer y escuchar a gente más sabia que uno y reflexionar después. Más allá de esto, sin embargo, el libro de Bellamy me suscita (con perdón) dudas. Porque la cuestión clave que no resuelve es qué entiende él por esa tradición o herencia que piensa que no estamos transmitiendo a nuestros escolares. Y mucho más, si tenemos en cuenta que nuestras sociedades no se ahorman ya bajo una sola tradición, sino sobre varias porque son multiculturales. ¿De qué cultura hablamos?

Este es un punto interesante y problemático. Se da la paradoja de que la escuela debe ser neutral ideológicamente, pero, a la vez, debe transmitir valores. Y, además, ¿qué valores? Porque los valores en las plurales sociedades contemporáneas juegan como la reina en el ajedrez: para todos los lados. Pensemos en las distintas concepciones de lo que es familia a partir del nuevo concepto de género. O en el peso que nuestra tradición histórica deba tener en el sistema educativo: símbolos y vestimenta religiosa, por ejemplo. Allí donde nuestros padres tenían certezas, nosotros tenemos dudas. Y, sin embargo, somos conscientes de que hay que educar a nuestros escolares huyendo de cualquier forma de relativismo en esos valores sobre los que, sin embargo, hay serias discrepancias en identificación y contenido. Por fortuna, la responsabilidad principal de la educación reside en las familias. Pero eso no exime al sistema educativo de su papel. ¿Cómo debe abordarlo, pues? Podríamos remitirnos a los valores ciudadanos por antonomasia: los constitucionales. Pero, de nuevo, nos encontramos con las mismas dificultades porque la libertad, la igualdad, la dignidad o la justicia pueden ser comprendidas, legítimamente, de modos diversos.

Así pues, creo que la escuela debe educar, sobre todo, desde la idea de tolerancia y de respeto a las visiones del mundo diferentes a las propias. Es en la familia donde principalmente se construye la identidad y es en la escuela donde se debe educar en el respeto de la diversidad. La escuela debe ser el semillero de la ciudadanía. En cierta manera, nuestros escolares no pueden recibir la misma herencia que nos dieron a nosotros porque una parte relevante del contenido de esa herencia está mutando a toda velocidad. Pero eso no nos exime de transmitir valores, a partir de la idea principal de respeto al otro y a las cosas.

Fernando Rey es consejero de Educación.